

ASPECTOS PSICOSOCIALES DE LA REPRODUCCIÓN HUMANA

por

J. CAMPOS AVILLAR

Departamento de Ciencias de la Conducta

En Bosch, O y Burrull Sibina, J. «Reproducción» Ed. Toray, Barcelona 1973

ISBN 84-310-0596-3. CAPITULO XVII pp. 577-269.

Texto que colecciona las conferencias dictadas en el primer curso de doctorado de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Barcelona durante los cursos 1969-70 y 1970-71

RESUMEN: La Humanidad, una especie en peligro de extinción. Consideraciones [demográficas](#), [ecológicas](#), evolución del [proceso de civilización](#) y controles de la reproducción. [Conclusiones](#)

El hombre de hoy es consciente de que su futuro como especie se ve seriamente amenazado por los peligros de una guerra atómica a escala mundial, una explosión demográfica no controlada y un desequilibrio ecológico que agote los recursos naturales del planeta o los destruya con la polución. Nuestro futuro dependerá de la capacidad que tengamos para poder comprender y controlar estos fenómenos. El grito de alarma lanzado por demógrafos y ecólogos, que alcanza proporciones apocalípticas, debería ser más que suficiente como para despertar los recursos mentales a nivel individual y social para afrontar y atajar constructivamente estos peligros. El solo hecho de que estas predicciones hayan sido planteadas deberá desencadenar un proceso que las invalide.

Desde hace años, organismos nacionales e internacionales vienen preocupándose seriamente del problema, tanto a nivel científico como político. Pero, como acostumbra a pasar en el proceso de desarrollo del conocimiento, desde que un descubrimiento tiene lugar hasta que éste pasa a formar parte del bagaje sociocultural de la humanidad, pasan una serie de años. Hoy día, estos problemas son de dominio público y empiezan a preocupar personal y actualmente a los individuos. Vamos a intentar analizar el problema de la explosión demográfica, que está directamente relacionado con el tema de este trabajo, desde distintos aspectos, teniendo en cuenta las implicaciones psico-sociales del mismo, pero, sobre todo, poniendo de relieve el papel que la profesión médica haya podido desempeñar tanto en su desencadenamiento como en su resolución.

Consideraciones demográficas: extensión del problema

El crecimiento de la población adquiere caracteres alarmantes. Unas sencillas cifras nos darán una idea: la población mundial, en 1750, era de 650 a 850 millones; en 1850, de 1 100 a 1 300; en 1950, de unos 2 475 (con una aproximación de \pm un 5%); en 1960 se había llegado ya a 2 995 millones. Los índices de crecimiento siguen un curso paralelo: en el período 1850-1900, la tasa media anual de crecimiento era del 0,7 %; en 1900-1950, del 1,1 %; en 1950-1960, del 1,8 %, y el 2,1% en el período 1960-1962.

W. BRAND ⁽¹⁾ decía en 1959: «Con una tasa de crecimiento del 1,5 % anual, la población mundial, que actualmente está por encima de los 3 000 millones, se duplicará en 46 años. Con una tasa de crecimiento del 2 %, se duplicará en 34 años. Está bien claro que una tasa de crecimiento de población como la que viene prevaleciendo hoy día no puede continuar. Aunque seamos relativamente optimistas acerca de los recursos naturales y potenciales del mundo y con respecto al desarrollo de la tecnología de la producción de alimentos y otras necesidades, es obvio que en un futuro no lejano la tasa de natalidad mundial tendrá que bajar, o bien la tasa de mortalidad ascenderá.»

Carlo M. CIPOLLA ⁽²⁾ en un librito que se ha convertido en un pequeño clásico de los problemas de la población, *Historia económica de la población mundial*, presenta un claro análisis, desde una

perspectiva histórica, del desarrollo demográfico y económico de la humanidad. En su tesis expone que el hombre, a lo largo de su desarrollo, y gracias a la inventiva y al desarrollo de la técnica, ha ido pasando por una serie de civilizaciones. De la de los predadores, que viven de la caza, la pesca y la recolección de frutos, a la agrícola, en la que el hombre es capaz de controlar las cosechas y domesticar a los animales; y finalmente, a la industrial y científica, en la que es capaz de liberarse de la esclavitud de los convertidores naturales de energía (animales y plantas) y recurrir a fuentes minerales de energía, y también es capaz de incidir sobre las causas de la mortalidad. Cada período histórico ha puesto mayores recursos a disposición del hombre, lo que se ha traducido automáticamente en un aumento de la población mundial. Cada período ha conseguido un equilibrio demográfico a base de compensar sus tasas de nacimiento con las de mortalidad. Si esta última disminuye, permaneciendo constante la primera, evidentemente se desencadena una explosión demográfica, que generalmente irá seguida por una disminución de la tasa de natalidad y el consiguiente nuevo equilibrio.

A causa de un proceso acumulativo, el proceso técnico del hombre ha sido extremadamente rápido. En pocas generaciones ha controlado su medio y domesticado las fuerzas de la naturaleza. Pero ¿hasta qué punto se ha mejorado a sí mismo? El desfase entre el progreso de las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre y de la sociedad quizá sea responsable del momento de crisis que estamos atravesando. El paso de un tipo de sociedad con una determinada estructura demográfica y económica a otro implica un cambio cultural y social paralelo, que en el momento presente no ha tenido lugar todavía.

Consideraciones ecológicas

Wynne EDWARDS, V. C. (3), en su teoría homeostática de la organización social, nos presenta un esquema que bien puede servir para el esclarecimiento del problema general de la perpetuación de las especies. Cada especie animal tiene unos requerimientos vitales en forma de alimento, abrigo, temperatura, etc., que tomados en conjunto definen el *hábitat potencial* de la especie. Todas estas características deben cumplir unos mínimos, pero quizá la aportación de alimentos es la que puede variar más ampliamente. Cada especie animal debe vivir en equilibrio constante con el medio que le rodea, dado que su capacidad para modificar su «hábitat natural», en el reino animal, es extremadamente limitada. El único recurso con que cuenta es adaptarse al mismo.

Si se trata de un hábitat cerrado, con unos recursos alimenticios fijos, el único medio de adaptación es el control de la tasa de crecimiento mediante una disminución de la fertilidad y canibalismo de las crías. Las otras dos posibles soluciones, como sería el disputarse los escasos recursos disponibles o el autocontrol por inanición, resultan ineficaces, porque, si bien la lucha favorece la selección natural de los más fuertes, en la lucha pueden quedar deteriorados los supervivientes, y el agotar los recursos naturales tiene el inconveniente que, llegado a un cierto nivel de expoliación, la especie animal o vegetal de que se alimenta entra en un proceso de auto extinción, y consecuentemente, la especie predadora se extinguiría a su vez. *Cuando se trata de un hábitat abierto*, la especie igualmente tiende a reproducirse hasta llenar el hábitat, pero dispone de otros mecanismos sociales instintivos para no sobresaturarlo. La supervivencia de la especie depende de la capacidad que tenga de regular el tamaño de su población y la dispersión de la misma en función del alimento disponible. En el ambiente abierto existe un mecanismo detector que permite a la especie comprobar su densidad de población en relación con la disponibilidad de alimento, ya que la relación de las mismas debe mantenerse constante. Las distintas especies tienen formas sociales instintivas elementales que les permiten comprobar ambas variables. Cuando se detecta que una determinada región está a punto de ser desbordada, las especies se dispersan o bien emigran hacia otras regiones donde hay mayor disponibilidad de alimentos.

El hombre, a diferencia de las otras especies animales, tiene la capacidad, mediante el conocimiento de la naturaleza y el desarrollo de la técnica, de controlar las fuerzas de la naturaleza y ponerlas a su servicio y de incrementar de este modo los recursos de su hábitat natural. Cada conquista de la ciencia ha ido seguida de un aumento de población. Siguiendo la ley general del equilibrio homeostático de las especies, tiende a llenar su hábitat, pero, cosa curiosa, el hombre que se ha valido de medios sociales y psicológicos para ampliar su hábitat natural, se encuentra que a continuación tiende a sobresaturarlo. En otras palabras, aparece un «hábitat construido» (de carácter

sociocultural), que, habiendo servido para expandir los límites de su hábitat natural, se convierte en un límite en sí mismo al que el hombre debe adaptarse o bien modificar.

Si seguimos la exposición de CIPOLLA, anteriormente mencionada, nos sorprenderá hasta qué punto y con qué fidelidad los *mecanismos de equilibrio homeostático de las especies pueden ser aplicados*, por lo menos hasta un determinado punto de la historia del desarrollo del hombre, a la *misma especie humana* en su equilibrio demográfico.

Mecanismos De Control Demográfico

1. *El hombre primitivo* es un predador, vive de la caza, de la pesca y de lo que puede recolectar de la naturaleza. Carecemos de datos demográficos de la época, pero dadas las condiciones del habitáculo humano podemos calcular que el hombre primitivo necesitaba una extensión de unas dos millas cuadradas para sobrevivir. Debemos suponer asimismo que las tasas de natalidad y mortalidad se compensaban a base de permanecer altas y la expectativa de vida ser sumamente corta. El hombre, en esta época, se encuentra prácticamente en un hábitat cerrado; debe mantenerse en equilibrio con los recursos que le brinda la naturaleza; las posibilidades de dispersión son limitadas; las migraciones se realizan a corta distancia; existe un régimen de territorialidad que defiende frente a sus vecinos; y el canibalismo se practica con el enemigo vencido o quizás incluso con sus propios hijos y sus ancianos.

2. *Con la aparición de la era agrícola*, el hombre es capaz ya de controlar las cosechas y domesticar los animales. Automáticamente esto trae consigo la posibilidad de mayores concentraciones humanas y la aparición de las estructuras socioculturales que las hagan posibles. La tasa de crecimiento de la población es del 0,5 1% al 1% anual, con curvas de crecimiento aceleradas, con índices de natalidad altos, que sólo se ven detenidos periódicamente por puntas de mortalidad de carácter catastrófico, que llegan al 150, al 300 y aún al 500 por mil de la población total, producidas por hambres, epidemias, pestes y guerras, índice claro de un insuficiente control del medio físico y social. La invasión de los países vecinos permite migraciones que favorecen a los más fuertes.

3. *Al llegar a la era industrial o científica*, se consigue un mayor control de la naturaleza y las hambres y las pestes quedan prácticamente controladas. Con la aparición de nuevos medios de locomoción y el dominio de éstos, la superpoblada Europa se expande hacia otros continentes subpoblados y los coloniza. Se llega prácticamente a un control total de las fuerzas de la naturaleza; la agricultura se mecaniza; se dispone de la energía mineral. La ciencia médica controla las epidemias; la mortalidad infantil disminuye; la expectativa de la vida se alarga. La distribución de la pirámide demográfica cambia construyendo una ancha base determinada por una tasa elevada de nacimientos, adecuada a una sociedad agrícola. Se amplía al mismo tiempo la punta, habiendo disminuido la tasa de mortalidad, y se presenta el problema de qué hacer con los ancianos.

Decíamos anteriormente que las especies animales disponen de unos mecanismos sociológicos y biológicos instintivos para controlar la densidad de la población. *En el hombre* existen también unos mecanismos para controlar la población, que si bien pueden ser tan desconocidos como los de los animales, *son de carácter sociocultural*. A cada tipo de sociedad corresponde un sistema cultural (entendiendo por cultura el conjunto de creencias, valores, actitudes, modos y técnicas de adaptación) adecuado al sistema socioeconómico político que sirve de estructura a la sociedad. El sistema cultural es, en el fondo, el que controla las tasas de crecimiento de la población mundial, incidiendo sobre las tasas de nacimiento y las de mortalidad. El hecho de que se haya llegado a una tasa de crecimiento del 2,1% anual es un índice claro de que nos encontramos en una época de transición. Es obvio que estamos ante el amanecer de un nuevo estado de vida, pero asimismo que ignoramos hacia dónde nos conduce. Existen indicios de que están teniendo efecto importantes cambios de tipo cultural y social, pero lo que probablemente es cierto es que los cambios en los hábitos, creencias y valores se están desarrollando con un *decalage* respecto a los progresos de la revolución técnica y que de este *decalage* es de donde procede la plétora demográfica que estamos experimentando.

Sostenemos la hipótesis de que si el sistema cultural que resultaba adecuado a una sociedad de tipo agrícola se aplica a una sociedad de tipo industrial, por fuerza debe producirse una *disonancia sociocultural* que se traduce en una explosión demográfica, la cual necesariamente deberá terminar

repercutiendo en el sistema cultural, haciéndolo adecuado a la realidad histórica que afronta. A continuación vamos a intentar analizar algunas de las *características de nuestro sistema cultural* y ver hasta qué punto resultan adecuadas al momento presente.

La civilización judaico-cristiana que ha dominado el mundo occidental, y en la que se han dado los condicionamientos necesarios para que se desarrollara la revolución industrial y se entrara en la era científica, viene caracterizada por unos valores y actitudes muy definidos respecto a la vida, a la muerte y al sexo. En resumen, pueden ser descritos como *un compromiso con la vida*: Hay tabúes en contra de la contracepción, el infanticidio, la eutanasia y la actitud general con respecto al sexo es que éste tiene como finalidad exclusiva la reproducción. Se tolera la práctica del mismo, siempre y cuando lleve consigo la finalidad última. La ley natural que sirve de base a la ley revelada tiene por modelo las leyes que rigen la vida instintiva animal. Pretender seguir este modelo sería intentar ignorar todas las modificaciones de la vida instintiva que han tenido efecto en el hombre, y que son las que constituyen la base de la esencia del hombre, aquello que le diferencia de las otras especies animales inferiores, su estructura psicológica y social. En las especies animales, específicamente los mamíferos superiores, si bien puede considerarse que la vida sexual instintiva está directamente al servicio de la reproducción y de la conservación de la especie, es dudoso que esto mismo sea aplicable al hombre. El instinto sexual en los animales se presenta discontinuamente, en períodos de celo (que en los animales salvajes coinciden con el momento más propicio del hábitat para el nacimiento de las crías) ; dado el alto índice de mortalidad, las camadas son generalmente grandes; las crías defectuosas son abandonadas o incluso canibalizadas por los mayores; cuando la alimentación escasea estacionalmente o por circunstancias esporádicas, el índice de fertilidad disminuye. Por el contrario, en el hombre, la pulsión sexual está en actividad continua; los hijos nacen en cualquier época del año; a diferencia de los animales, el deseo sexual puede representar una finalidad en sí mismo o servir otras funciones que las reproductivas; además, se llega a una madurez biológica reproductiva mucho antes de que se tenga la madurez social que permita tener hijos, dado los condicionamientos socioeconómicos actuales.

Creo que podemos arriesgarnos a pensar que, en el hombre, las funciones sexuales y las reproductoras se han independizado unas de otras, y el nexo que las une más que de carácter instintivo, es de carácter cultural (sistema de valores ético-religiosos y de tabúes). En el reino animal, la perpetuación de la especie viene asegurada por el apareamiento y la relación fecundante entre miembros individuales de la misma, regulada por modificaciones hormonales e instintivas en función de los recursos y facilidades de su hábitat natural. La especie se adapta al ambiente, emigra hacia otro más adecuado o se extingue.

A diferencia, el hombre es capaz de modificar su ambiente y hacerlo apropiado a sus necesidades, ampliando con ello los recursos de que dispone, pero, al mismo tiempo, creando un hábitat sociocultural al que debe adaptarse. El hombre ha sido capaz de controlar la naturaleza gracias al proceso de mentación, descubriendo las leyes que la gobiernan, y mediante la técnica ha sido capaz de dirigir su futuro. Cada vez que el hombre desconoce algo, aplica el pensamiento mágico *antropomorfizando animísticamente* a su mundo, o incluso aplicando mágicamente los conocimientos de que dispone, creyendo que son totales, no dándose cuenta de la parcialidad de los mismos y desencadenando a menudo desequilibrios de su bio-sistema o su socio-sistema. Mediante el conocimiento de las leyes que gobiernan su funcionamiento mental, el hombre será capaz de modificarse y controlarse a sí mismo, y la misma posibilidad existe en controlar su sistema sociocultural, si llega a conocerlo. En tanto en cuanto el hombre desconoce las leyes que le gobiernan, se encuentra sometido a determinismos y debe fiarse de las adaptaciones instintivas como el resto de los animales.

La pulsión sexual lleva al hombre a aparearse con la mujer y en esta relación experimentan ambos un placer. La conexión directa entre coito y fertilidad, que hoy día nos parece obvia, representa un gran descubrimiento en la historia de la humanidad y hace falta haber llegado al pensamiento lógico y a la comprensión de las relaciones de causa-efecto. Los pueblos primitivos que tan necesitados estaban de la fertilidad atribuían la fecundación a causas extraterrenas. No hace muchos años, los antropólogos han encontrado pueblos donde se atribuye la fecundación a ceremonias religiosas, a ritos de fertilidad, en los que aunque se practica la cópula, la fecundación se atribuye a la influencia de haberse bañado a la luz de la luna, o de las imprecaciones a la madre tierra o a los dioses. Esta

disociación entre actividad sexual y fecundación, de la que nos sentimos tan ajenos, que tiene visos trágico-cómicos para el hombre de hoy, y de la que no somos conscientes hasta qué punto somos partícipes, sin embargo, tiene profundas raíces en el devenir psico-social del hombre, forma parte del bagaje cultural que nos encargamos de mantener y de transmitir. De hecho, constituye la esencia del esquema conceptual que caracteriza el sistema judaico-cristiano en el mundo occidental. La idea central es que los hijos proceden de Dios, que el hombre y la mujer no son más que meros y ciegos instrumentos de la Voluntad Divina y el hombre no tiene sensación alguna que tenga derecho a interferir en el proceso. «Los hijos vienen de Dios, hay que aceptar todos aquellos que Él envíe, y vienen cuando Dios quiere». En este período, el hombre no tiene nada que ver con los procesos reproductivos. Instancias morales regulan el comercio sexual y fuerzas sociales sancionan la legitimidad de la reproducción y la legalidad de las relaciones sexuales. En el inicio de la época patriarcal, ni siquiera existe la libertad de elección de pareja. Es la familia extensa, el *pater familiae* quien decide quién se va a casar con quién, la Iglesia define la indisolubilidad del matrimonio y la sociedad se pronuncia con respecto a los derechos sexuales del hombre y de la mujer. Poco a poco se va instalando una moral diferencial para ambos —donde el hombre tiene derecho a una libertad con respecto al placer sexual extra-matrimonial con amantes y meretrices y la idea de la prohibición del placer sexual para y con la mujer toma cuerpo. La virginidad prematrimonial y las sanciones contra el adulterio femenino van imponiéndose. No hace falta profundizar mucho para darnos cuenta de los factores socioeconómicos subyacentes a esta ideología. Por una parte, la legitimidad de los hijos asegura la continuidad de la propiedad familiar; por otra, en plena sociedad agrícola, los hijos son una bendición, representan brazos que se van a sumar al potencial de trabajo de la familia, que en estos momentos es una unidad de producción y consumo autosuficiente.. Incluso los hijos adulterinos del varón son aceptados en el sistema familiar—la pequeña familia del macho mexicano. La razón fundamental por la que la gente siente un impulso a reproducirse en estas circunstancias lo constituye, quizá el hecho que los hijos representan una seguridad material para los padres —los varones vienen con un pan bajo el brazo, a las hembras se las cambia por un número de vacas; cuan más y más robustos hijos tenga uno, más respaldado se encontrará en la vejez. La valía de la mujer radica en su capacidad de procrear; a la estéril se la desprecia repudia. La función social de la mujer se encuentra limitada a «dar hijos al padre» y en criarlos sanos y fuertes.

Con el inicio de la revolución industrial y la aparición del movimiento romántico, surge la primera rebelión contra el sistema. Se está empezando a hablar libertad y ésta incide en la familia. Los hijos y las hijas se sienten con derecho elegir su propia pareja. La familia progresivamente pasa de ser de una unidad producción a una unidad de consumo. La familia extensa va desapareciendo y afirma la familia nuclear aislada. Los hijos, de ser una bendición, pasan a convertir en una carga. No se marchan de casa ni a tiros. Si bien quedan remanentes de la idea de seguridad económica en tener hijos, quizás el énfasis se desplaza a la seguridad emocional que éstos proporcionan —mal que sea para hacer de papa—abuelos. Se convierten en una «alegría de la vejez». Sin embargo, con una tasa de mortalidad infantil y de muerte por parto en la mujer altos, para asegurar el tener hijos hay que mantener un alto índice de natalidad; los tabúes sexuales siguen operativos. La idea de que los hijos pueden elegir libremente la pareja rompe el círculo de dependencia material de los padres con respecto a los hijos. ¿Qué motivación pueden tener los padres para reproducirse, en estas circunstancias? La explicación de que es lo «natural» es una expresión de un valor religioso y cultural, y se mantiene en tanto en cuanto estos valores por más obsoletos que sea sigan siendo moralmente operativos. Hay motivos de tipo psicológico más profundos, como es la identificación con el rol paterno aprendido en la infancia, o necesidad de proyectar en los hijos necesidades de dependencia que ellos aún no resueltas es corriente el caso de las madres que crían hijos muy dependientes de ellas, precisamente como un modo de satisfacer vicariamente sus propias necesidades de dependencia que a su vez quedaron insatisfechas en la infancia con sus padres, y lo siguen siendo en el presente con cónyuge.

De todos modos, coincidiendo con esta época, tienen efecto varios fenómenos por una parte, el aligeramiento de los tabúes sobre la sexualidad, que coincide con una disminución de la religiosidad; por otra, la liberación de la mujer de la sumisión al marido relacionado con su capacidad de trabajar fuera de casa y de la esclavitud de los hijos, al simplificarse el cuidado de éstos con la lactancia artificial y la creación del negocio de las guarderías infantiles. Finalmente, los padres sienten más el

peso de la carga de los hijos que son dependientes de la familia por un período más prolongado hasta alcanzar su madurez social y que representan unas exigencias de tipo económico (vivienda, alimentación, salud, educación) que los padres a veces no pueden soportar. Todos estos factores llevan consigo la idea de la «*planificación de la familia*» o de la «*paternidad responsable*», sea cual fuere el modo como optemos por llamarlo. En el fondo, esta idea se traduce en una rebelión contra la idea de falta de control de los padres sobre la reproductividad. Estos cambios en las ideas y las técnicas llevan implícito el que toda la concepción de la estructuración de la familia, de las relaciones matrimoniales y de las relaciones padres-hijos, deben ser reconsideradas. Los padres encuentran cada día menos gratificante la experiencia de tener hijos. La brecha generacional que lleva a los jóvenes a que, a pesar de depender de los padres materialmente por más tiempo, no quieran hacerlo emocionalmente; se independicen y se desentiendan de ellos cuanto pueden; lo cual implica que las necesidades emocionales de dependencia en los hijos se vean frustradas y que los hijos nacidos en este contexto se pregunten, al llegar a la madurez, si realmente desean tener hijos y por qué.

Una de las consecuencias lógicas es que la disociación entre amor y placer sexual de la pareja y sus deseos de reproducirse se haga cada día mayor. Al parecer, la tendencia de nuestros tiempos se orienta hacia la que las personas se auto-realicen en otras formas que mediante tan solo la reproducción o su auto-perpetuación a través de los hijos. Parece que lo ideal sería que el acto de reproducción humana fuera fruto de una *decisión libre* tomada por un hombre y una mujer, que se aman y que tienen en cuenta las necesidades individuales de cada miembro de la pareja, la relación entre ellos y la familia que constituyen, y las necesidades y posibilidades que les brinde la sociedad donde viven.

En estos momentos, la humanidad, además de ser consciente del problema que la reproductividad incontrolada representa tanto para el individuo como para la familia y la sociedad, cuenta con medios cada día más eficaces y seguros para controlar la natalidad. Estos medios son de tipo técnico y de tipo legal, pero su aplicación no puede actualizarse a menos que tengan lugar profundos cambios en la estructura psico-social de todos los participantes.

La Medicina es una institución diferenciada de conocimiento experto en que la sociedad delega la función y compromiso defender y propagar la vida. Qué duda cabe que su ejercicio y su investigación han contribuido al problema de la superpoblación mundial.

Una contribución definitiva de la Medicina en dirección a incrementar la población mundial fueron los descubrimientos en epidemiología y el invento de la vacunación. Con esto, las grandes epidemias quedaban controladas. Por un momento hasta creímos haber acabado con la viruela. El control de infecciones, las vacunaciones generalizadas y las nuevas prácticas de puericultura determinaron inmediatamente también un retroceso en la mortalidad infantil y de la mortalidad puerperal. Por otra parte, la expectativa de vida, gracias a la medicina o a la limpieza incrementa notablemente. El resultado: una tasa de mortalidad que decrece, una tasa de natalidad que aumenta (incluso gracias al control de enfermedades venéreas que determinaban esterilidad) y una modificación en la distribución de la pirámide demográfica, habiendo cada día más gente joven y también más ancianos.

Hasta aquí, el médico está cumpliendo con su función, de acuerdo con el valor que le asigna la cultura; el de defender la vida. Sin embargo, el problema de la superpoblación mundial, que produce sufrimiento, no puede por menos que ser atacado. Con el descubrimiento de los períodos de fecundidad y de esterilidad en el ciclo de la mujer, OGINO y KNAUS describen y difunden el primer sistema anticonceptivo que se conoce. Paradójicamente, el método del ritmo, en vez de coartar la reproductividad dentro de la familia, lo que ha hecho es incrementarla, pues utilizando un método aparentemente más eficaz, la gente pierde el miedo a la concepción y se incrementa el número de hijos debido a los fallos del método. Otra influencia importante de la medicina ha sido la forma cómo los conocimientos médicos han contribuido a debilitar los temores y tabúes que había con respecto a la sexualidad en la sociedad. El descubrimiento de medios eficaces para tratar las enfermedades venéreas hacía esperar que pronto éstas llegasen a desaparecer del mapa. La consecuencia ha sido bien distinta. Si bien hubo un receso notable con la introducción de la penicilina en la difusión de las enfermedades venéreas, al perder el miedo a las mismas y al generalizarse las relaciones sexuales entre sectores de la población que antes quedaban excluidos, estamos contemplando un recrudescimiento en la extensión de las enfermedades venéreas, sin que ello conlleve para quienes las

padecen la lacra moral y el freno sexual que antes tenía. Los conceptos psicoanalíticos, al denunciar la represión sexual como causa de enfermedades emocionales y mentales y al influir en las prácticas de puericultura hacia unos métodos de crianza más permisivos, tanto en lo que se refiere a la sexualidad como a la relación entre padres e hijos, han determinado indirectamente una mayor libertad sexual y una tendencia hacia una cultura hedonística. Hasta aquí vemos que todos estos elementos que la medicina ha aportado a la humanidad van en la dirección de fomentar el crecimiento de población. Esto resulta todavía más grave cuando las prácticas de tipo sanitario se aplican a sociedades subdesarrolladas. La técnica médica es relativamente poco costosa y puede ser aceptada por países en subdesarrollo. Las consecuencias son una inmediata explosión demográfica que no marcha a la par con el desarrollo económico y cultural de estos países.

Finalmente, el problema de la superpoblación se plantea como un problema médico, y es gracias a la aparición de los anticonceptivos anovulatorios cuando por vez primera el médico contribuye con unos conocimientos y unas técnicas en disonancia con su compromiso a propagar la vida. Sin embargo, el que estas técnicas no sean aplicadas universalmente creemos es debido, precisamente, a esta disonancia, tanto por parte del médico como por parte de la población en general entre valores y conocimientos. No es la falta de educación sanitaria de la población lo que entorpece la utilización generalizada de estos medios, sino factores culturales. Hay implícitos factores psicológicos y sociales que no se tienen en cuenta al hora de la aplicación, pero que hace que ésta resulte, por lo menos para aquellos sectores más necesitados de control de natalidad, totalmente ineficaz. No creemos tampoco que nuevas actitudes o métodos anticonceptivos más sencillos, como son los contraceptivos intrauterinos, o la utilización de anovulatorios de acción prolongada, o puedan ser, en un futuro, los contraceptivos hormonales masculinos, la vasectomía o esterilización temporal, o la píldora del «día después», etc., vayan a ser aceptados por la sociedad. Creemos que el que la gente se reproduzca, o deje de hacerlo cuando quiere, no es tanto un problema de disponer de los medios técnicos lo suficientemente eficaces y seguros, como de modificar básicamente las actitudes que nuestra cultura tiene respecto a la reproducción. Examinemos algunas de estas actitudes: La primera idea es que la sexualidad es un mal necesario y que la trasgresión de las prohibiciones en contra de la misma, aunque sea en las condiciones legalmente permitidas de matrimonio instituido, la culpa debe expiarse a alto precio. Detrás de esto hay creencias y valores aprendidos en la infancia, sentimientos de culpa, que buscan su expiación a través de la paternidad no buscada. Nos preguntamos hasta qué punto muchas de las molestias que se presentan en la utilización de los anovulatorios son debidas, sólo y sencillamente, a factores de alteración hormonal o bien a somatizaciones de conflictos intrapsíquicos. Lo mismo diríamos respecto a las actitudes de los médicos al informar y difundir los medios anticonceptivos. Creo que, en el fondo, unos y otros, al utilizarlos, creen aún estar haciendo algo «antinatural».

Pero avancemos un paso más. Cuando las instituciones legales que gobiernan los países permitan el aborto legal, nos preguntamos hasta qué punto tanto médicos como padres serán capaces de utilizarlos sin que esto les desencadene un conflicto interno. O bien, pasemos a la esterilización temporal mediante vasectomía o ligadura de trompas. No importa que la fecundidad sea reversible en el momento en que los padres lo deseen, ni de que con ello no disminuya en absoluto el placer sexual, lo que importa es que mientras el hombre y la mujer sigan considerando como un atributo fundamental de su autoestima la capacidad de procrear, por fuerza tendrán que vivir la incapacidad de hacerlo, que impone la esterilidad temporal como una herida a su propia estimación y se sentirán castrados, y las técnicas no se propagarán. No digamos ya cuando estas técnicas de esterilización se utilizan con unos fines profilácticos y vienen impuestos por la sociedad al individuo. Es seguro que, en estos casos, la gente se rebelará contra los mismos, por considerarlos altamente crímenes contra la humanidad. No hay más que recordar la indignación que despertó el hecho de que en algunos hospitales americanos se procediera a la esterilización compulsiva en el momento del parto de mujeres multíparas de clases bajas, —negros, indios o hispanos— con consulta previa a los interesados o sin ella.

Actualmente la medicina ha experimentado dos cambios importantes: Por una parte, en vez de preocuparse sólo de la vida del individuo aislado, su objetivo de salud es conseguir el máximo bienestar físico, psicológico y social de la población mundial; por otra, se han descubierto medios y técnicas anticonceptivos seguros y eficaces y estamos en vías de llegar a otros que lo serán mucho

más, e incluso a corregir los fallos del sistema mediante el aborto legal o la píldora del día después. Técnicamente, pues, la humanidad está preparada para afrontar el problema de la superpoblación, lo que no estamos es mental y socialmente maduros para aplicar los nuevos conocimientos y menos aún para prever las consecuencias que un programa mundial de control de natalidad pueda tener en el futuro en nuestra civilización y en el futuro biológico del hombre.

Las limitaciones son de carácter psico-social. Incluso los mejores programas de educación sanitaria o de regulación política de la reproducción fracasarán en tanto que quienes deben aplicarlos y beneficiarse de ellos no estén preparados mental y culturalmente para hacerlo. Si la aplicación de medios anticonceptivos o abortivos depende de la decisión libre y personal del individuo, habrá fallos que se traducirán en concepciones conscientemente no deseadas; si depende de decisiones políticas (esterilización programada, eutanasia, etc.) provocará rebelión y malestar político. Normalmente, dice G. BOUTHOU (4), las situaciones de plétora demográfica, con una predominancia de gente joven en la población producen el desencadenamiento de guerras (regulaciones espasmódicas del crecimiento), «infanticidios diferidos», como les llama dicho autor, que son la liberación del monto de agresividad que coincide con la superpoblación.

Las condiciones actuales en el mundo de hoy son de superpoblación. Es poco probable que el mundo se atreva a una guerra total de exterminio dado que sus consecuencias son aterrorizadoras; se limita a guerras expoliativas. Pero incluso éstas son vistas con malos ojos por la juventud que debe llevarlas a cabo. Si la guerra se elimina como factor de control de población, si las religiones pierden fuerza en su aspecto controlador a través del celibato y regulación de relaciones sexuales, la única solución que resta es la de control de natalidad. Pero hasta que este concepto no quede internalizado dentro de la cultura, produciendo cambios importantes a nivel de la dirección del impulso sexual o somatizándolo, alterando las fuentes biológicas de la libido, no creemos que se resuelva el problema. Hay experiencias tanto a nivel sociológico como psicológico de cómo son posibles estos cambios.

En el reino animal, decíamos, aparte del canibalismo como método de controlar la población, se utiliza la disminución de la fertilidad. CHRISTIAN, SNYDER y RATCLIFF han efectuado recientemente investigaciones análogas sobre el crecimiento numérico de los pequeños mamíferos. Estas investigaciones les han permitido descubrir mecanismos orgánicos de autorregulación, que se producen espontáneamente cuando la densidad numérica aumenta considerablemente en el mismo hábitat (jaula o recinto).

Entre los ratones «superpoblados», el peso de los órganos sexuales (glándulas prepuciales, vesículas seminales, testículos y útero) disminuye cuando aumenta la densidad de población. Paralelamente, el peso de las glándulas córtico-suprarrenales aumenta. La hiperactividad de estas últimas provoca la atrofia de los ovarios y la inversión de los caracteres sexuales secundarios. De ello resulta que las hembras que viven agrupadas son menos fecundas. Tienen menos hijos en cada camada. La mortalidad postnatal crece debido a la inhibición láctica de la madre.

Existe, pues, una especie de auto-resistencia orgánica de los seres vivos a fin de evitar las aglomeraciones. Ésta no es producida por el hambre, ni por la penuria, ni por las malas condiciones de vida. Es suficiente una falta de espacio para provocarla. ¿Es posible que este mecanismo aparezca asimismo a nivel humano?

Luego, tenemos las experiencias de los HARLOW (5) con monos criados en aislamiento. Se observa que estos monos, llegados a una madurez biológica, carecen del instinto de apareamiento, y que si se consigue fecundarlos artificialmente, las hembras criadas en aislamiento son incapaces de desplegar una conducta maternal adecuada, dejando morir a sus crías.

Según FREUD, uno de los factores principales que sustentan la posibilidad del hombre a socializarse es la unión con la madre. Gracias a ello internaliza los valores de su sociedad, se preocupa por los demás y en su madurez elige el objeto sexual apropiado. Hay evidencias de que las relaciones alteradas entre madre e hijo en la infancia determinan trastornos en el adulto, como aislamiento, hostilidad, desajuste Sexual, alcoholismo y una conducta maternal inadecuada (SPITZ, 1945). La socialización, además de ser responsable de la internalización de valores de la sociedad, afluye grandemente tanto en los conceptos de identidad sexual como en el de la conducta sexual y maternal.

En conclusión

Hay claros índices de que en nuestra civilización occidental:

1. La sociedad se va disociando progresivamente de la reproducción.
2. Hay cambios radicales con respecto al antiguo concepto de identidad masculina y femenina, que se traducen tanto en las modas que tienden a la igualdad de los sexos, como en la liberación de la mujer e igualdad de derechos con el hombre.
3. Las prácticas de crianza han cambiado significativamente en el sentido de que son más automatizadas y que el tamaño y la estructura de la familia cambia.
4. El objeto del apetito sexual puede ser gente de su mismo sexo, y con otros fines que los reproductivos.
5. El compromiso con una reproducción de la vida y defensa frente a la muerte e pone en tela de juicio, por consideraciones psicológicas y sociológicas.
6. Los frenos religiosos y mágicos frente a la sexualidad están cambiando; cada día tiene menos valor el celibato voluntario y los frenos contra la promiscuidad sexual.

Todo esto nos dice que está teniendo lugar un profundo cambio en la estructura social y cultural de nuestra sociedad, y que es previsible que, en un futuro no lejano, sean aceptados métodos y actitudes que tenderán a disminuir el índice de natalidad quizá, no hagan necesario que el crecimiento de población venga condicionando setas matanzas espasmódicas producidas por las guerras, que BOUTHOU define como «infanticidios diferidos».

Sin ánimo de ser alarmista nos preguntamos si las respuestas al problema de la superpoblación mundial que hoy nos parecen tan claras y que discurren en la dirección de un control de la natalidad, no conllevarán riesgos que hoy somos incapaces de prever. No hay que olvidar que la aplicación de la técnica a nivel del dominio de la naturaleza ha hecho que el equilibrio del hombre con su bio-sistema se haya alterado y la polución y las enfermedades psicosomáticas y socio-somáticas sean hoy lo mayores problemas sanitarios del mundo.

Lo que hemos aprendido de la ecología tiene que servirnos para preguntarnos si no puede ser igualmente cierto para nuestro socio-sistema; si la aplicación de nuestros escasos y parciales conocimientos de las ciencias del hombre en forma de una tecnología social no desencadenará un fenómeno de polución cultural paralelo al de polución física que actualmente estamos contemplando. Lo cierto es, que en el momento actual, nosotros, como científicos, lo único que podemos hacer es trabajar desde donde estamos y con los medios de que disponemos; nominalmente: avanzar hipótesis, comprobarlas científicamente e intentar prever nuestro futuro, modificándolo y controlándolo en favor de la humanidad y los miembros individuales que la componen. La otra conclusión que creo podemos deducir es que el problema de la reproductividad humana es un problema complejo con repercusiones a nivel económico, médico, social, demográfico, político y personal, y que la única forma de atacarlo es con la colaboración integrada de todas las ciencias tanto las naturales como las sociales y humanas. Si no lo hacemos así y prevenimos las consecuencias de la aplicación de nuestros conocimientos, es posible que, en un futuro no lejano, debamos enfrentarnos con otros problemas, que por un fenómeno de contragolpe no pasemos a desencadenar un problema de sub-población mundial, o bien que en las condiciones en que se deba vivir en nuestro planeta un equilibrio demográfico estable no valga la pena vivir, por lo menos a los ojos de nosotros, los «humanos» de hoy.

BIBLIOGRAFÍA.

¹ BRAND, W.: «The World Population Problem», International Population Conference. Viena, 1959

² CIPOLLA, Carlo M.: «História económica de la población mundial». Collecció Garbí, 1969

³ WYNNE-EMARDS, V. C.: «Animal dispersion in relation to social behaviour». Oliver and Boyd, Edimburgo y Londres, 1962.

⁴ BOUTHOU, Gaston: « Biología social». Colección ¿Qué sé?. Oikostau, S. A., Barcelona, 1970.

⁵ HARLOW, H. F.: «The Nature of Love», American Psychol., 1458, 13, 554-556, y HARLOW, H. F. y HARLOW, Margaret: «Social deprivation in Monkeys». Scientist Amer., 1962. 207, núm. 5.
